

Jesús García Calero\*

ANTROPOLOGÍA

*Resumen:* Los cazatesoros han llevado la delantera al crear una narrativa asociada a los yacimientos que expolían o investigan. Un discurso simple, basado en tesoros y aventuras, que legitima sus actividades y ha ejercido sobre el patrimonio de origen hispánico una enajenación de su valor histórico. Tal discriminación mana de la leyenda negra. Los arqueólogos, en sus cada vez más necesarias tareas de divulgación, y los periodistas en su labor informativa, deben cooperar para plantar cara a esa narrativa con otra de mayor fuerza, pues está basada en hechos científicos. Para ello debemos dejar de evitar algunas palabras que los cazatesoros han convertido en sospechosas. Empecemos por tesoro. Redefinamos su sentido y demos que la aproximación científica es igual para todos los objetos que viajaban en los viejos galeones y navíos.

*Palabras clave:* arqueología subacuática, cazatesoros, semántica, divulgación.

*Abstract:* Treasure hunters have led the way in creating a narrative surrounding the finds they plunder or investigate. To legitimate their activities a simple discourse, based on treasure and adventure, has diminished the sense of historical value for patrimony of Spanish origin. This discrimination stems from the black legend. Archaeologists, in their increasingly necessary efforts to disseminate their work, and journalists, doing their job to inform the public, must cooperate to change the image of this narrative to give it greater strength, because it is based on scientific methods and facts. Therefore, we must avoid using terms that treasure hunters have made suspect. Let's begin with treasure. We redefine its meaning and demonstrate that the scientific approach is the same for all objects whether they were transported on galleons and other sailing vessels.

*Keywords:* underwater archaeology, treasure hunters, semantics, dissemination.

# Instrucciones para encontrar un tesoro: la batalla semántica del patrimonio subacuático de origen hispánico

Cuando un arqueólogo o un historiador cumple con uno de sus cometidos con la sociedad, que es divulgar, compartir el conocimiento que ha logrado reunir por medio de su investigación, debe construir una narrativa asequible y a la vez rigurosa, ser consciente de que está creando un campo semántico en el que los receptores podrán apoyarse para contemplar, desde una perspectiva bien ajustada, la historia que les esté contando. Igualmente, cuando un periodista informa, debe cuidar mucho sus palabras. A ambos, en las dos orillas del Atlántico, debemos concienciarlos, en una simbiosis que hoy día es más necesaria que nunca, para reivindicar la dignidad de nuestra memoria, la que yace desde hace siglos bajo el mar y que está siendo destruida cuando se expolían los restos naufragados de muchas de las naves que hicieron transitables las rutas y los caminos que hoy conducen hasta nuestros pies.

Nos atañe personal y colectivamente esta batalla semántica, que estamos perdiendo de manera tan inconsciente como abrumadora. Sobre todo en un mundo tan interconectado como el que, afortunadamente, hoy disfrutamos. Porque sentimos una impotencia colectiva ante el empuje de una narrativa extraña, aventurera, que además se aprovecha bien de nuestras fallas, como veremos. Es una guerra de palabras, de términos torcidos o *jibarizados* para no reflejar la dignidad y complejidad que nos precede, de voces ahogadas en una realidad inventada, no histórica; en un trampantojo

\* Periodista del *Diario ABC*.





Figura. 1. Monedas extraídas del pecio *Nuestra Señora de las Mercedes*, recuperadas del litigio contra la empresa estadounidense Odyssey. Hoy son parte del acervo del Museo Nacional de Arqueología Subacuática en Cartagena, España [<http://www.hotelhabaneroscartagena.com/noticias/la-exposicion-del-tesoro-de-las-mercedes-a-partir-del-29-de-mayo>].

que sin embargo estamos contribuyendo —por acción equívoca, por omisión dolosa— a extender y a imponer sobre verdades científicas. Sobre verdades científicas, conviene repetirlo, por lo duro que suena. Ha llegado el momento de decir basta y detenernos para realizar un diagnóstico claro y renovador.

Hay muchos frentes en este tira y afloja de los términos. Comencemos por uno de los que más consecuencias dañinas ha tenido sobre el patrimonio subacuático de origen hispánico y más ha manipulado la conciencia del mundo anglosajón con respecto al problema. La palabra es tesoro. Este momento de la historia, cuando los estudios sobre los imperios que consecutivamente pugnaron por la hegemonía en los mares y en el continente americano han avanzado en profundidad y perspectiva, convirtiéndose en un verdadero corpus científico sobre las ventajas y los problemas que trajo el encuentro de dos mundos —porque de todo hubo—, este momento, decíamos, es el mejor para abordar de una vez por todas este asunto. La palabra tesoro parece resumir cuanto interesa a la mayor parte de las personas cuando piensan en un galeón hundido, o cualquier otro pecio hispánico. Y se da la circunstancia de que su peso es tan aplastante, se ha ligado de tal forma a la narrativa extraña que acompaña

a los que podríamos llamar “ladrones de la historia”, que el conjunto de científicos y gestores del patrimonio de ambos lados del Atlántico han tocado a retirada y llenan de sinónimos las bodegas de carga de los navíos de Indias para no hablar de monedas y lingotes, o aceptan con reticencia reconocer que parte de su objeto de estudio está hecho de oro y plata.

Hablemos sobre ello entonces. Un historiador, un arqueólogo, sabe tratar por igual el resto metálico que los trozos de porcelana que acarrea el navío. La misma aproximación científica merecen la moneda y el clavo, la esmeralda y el botón, el lingote y la piedra de lastre, el hueso humano y el cerrojo de la arqueta. Pues hagamos que eso sea verdad. Porque esta teoría choca contra la realidad. La carga monetaria, desde el momento en el que un especialista se plantea llevar a cabo una excavación, es un problema mayor de lo que se reconoce. El cazatesoros no tiene ese problema: el oro, la

plata y las joyas, y todo aquello que pueda venderse con algún valor de mercado, es su primordial objetivo. Un objetivo al que se subordina todo, con más o menos argumentos, con mayor o menor disimulo. Como ocurrió en España con la fragata *Mercedes*, eso puede obligarnos a tratar de recomponer el contexto histórico obviado. Y ello también acaba descompensando el protagonismo de la plata. Ese no es el horizonte que merece nuestro patrimonio.

Para el historiador, llegar al metal precioso puede ser solo la mecha de una pesadilla. ¿Por qué? Uno de los motivos del enorme expolio que sufren los restos de nuestro pasado naval es precisamente que España importaba enormes riquezas de América, un proceso que tuvo consecuencias determinadas por haber llegado antes que otros imperios y por haberlo hecho en el momento en que lo hizo, con una estructura de poder y una economía específicas. Los herederos del viejo imperio británico y de sus corsarios, incluso los descendientes de los bucaneros, han heredado esa visión del pecio hispánico (del barco histórico novohispano) como una caja de caudales rodeada de escombros más o menos molestos. Hay un paralelismo entre la visión puramente crematística de la

industria cazatesoros —anglosajona casi en su totalidad— y la vieja piratería más o menos respaldada por la armada inglesa de la era colonial. Igual que debería haberlo —aun cuando no lo veamos claramente— entre el empeño de los antiguos tripulantes de las naves hispánicas, entre su cuidado al elegir las rutas para cumplir su misión y su manera de reunirse en flotas más o menos bien defendidas, y la estrategia actual de quienes queríamos ver salvado para la historia y el conocimiento todo ese patrimonio, de acuerdo con la UNESCO.<sup>1</sup>

Pero la plata se ha convertido en un escollo a salvar, con ribetes de maldición. En lugar de poner en el centro esa historia que debemos recuperar, por ejemplo, la arquitectura naval que no conocemos completamente y que un puñado de excavaciones científicas iluminaría por completo; en vez de unir nuestros esfuerzos de manera decidida para imponer un respeto por ese legado material y espiritual y fomentar sin trabas el estudio multidisciplinar de nuestra historia marítima común, con sus luces —que son muchas— y sus sombras —que son claras y tenemos definidas y asumidas—; en lugar de todo eso en España convivimos con un complejo heredado sobre de las visiones fatales de nuestra historia, del sentimiento trágico y la melancolía inútil de quien acepta la versión de sí mismo que contaban sus enemigos: la leyenda negra. La única estrategia aceptable parece encaminada a contar nosotros esa historia, en toda su compleja globalidad. A dejarnos de leyendas y aplicarnos en la ciencia. Y no podremos contar por completo nuestra historia naval sin tener muy en cuenta que había plata y por qué. La misma plata que en los libros de historia sí se estudia, como en “El tesoro del galeón San José”, de Carla Rahn, debería tener un capítulo previsto en la excavación de los pecios. Un destino claro, consensuado y acorde con el sentido común, la generosidad de miras, la cooperación cultural y hasta el derecho internacional. Un síntoma curioso de que aún queda terreno por recorrer en este aspecto es, sin duda, que la plata está ausente de las conversaciones entre especialistas de ambos lados del Atlántico, salvo en

susurros, siendo el escollo central en el que podría encallar un proyecto internacional para excavar un galeón. Se evita incluso, diplomáticamente, una mención en los acuerdos marco entre Estados firmantes de la Convención de la UNESCO, como el reciente Memorándum entre España y México, un documento que abre una nueva era de cooperación que tantos avances debe permitir a la arqueología subacuática y a la recuperación de esa maravillosa historia que compartimos.

Esa retirada táctica frente al tesoro, sin embargo, será una derrota en toda regla si dejamos todo el campo semántico de esta batalla a quienes quieren, precisamente, reducir a eso, al tesoro, el patrimonio común, a esa palabra que emite tal interferencia que impide que lleguemos limpiamente al centro de nuestra historia. Si nos encerramos en circunloquios que eviten la palabra tesoro, o nos agazapamos entre sinónimos, puede que no dejemos de estar cartografiando el ámbito de la intervención arqueológica, de la gestión del patrimonio y la cooperación internacional, pero eso sí estaremos dejando un hueco adrede, de manera que en el mapa se habrá dibujado el contorno de una isla, como aquella célebre Tortuga, en la que se concitarán casi todos los demonios bajo el mero, incómodo sustantivo que hemos abandonado a su suerte.

Antes de renunciar, conviene hacer recuento, rescatar y valorar el empeño de cuantos han tratado de valorar en su justa medida nuestra historia común. Sobre todo en el campo anglosajón, por supuesto, donde tenemos inmejorables aliados. El nombre propio a cuyo esfuerzo debemos, en la historiografía moderna, el cambio de perspectiva es el historiador inglés John Elliott. Sus estudios dinamitaron con la fuerza de la razón los puentes absurdos que llevaban a una visión deformante de nuestra historia. Hay un pequeño ensayo, revelador y delicioso, de Richard L. Kagan, titulado “El paradigma de Prescott”,<sup>2</sup> que analiza cómo en el ambiente universitario bostoniano de mediados del siglo XIX se funda ese citado “paradigma”, que consistía no sólo en admitir, con muy pocos matices, que la España de los Austrias era un nido

<sup>1</sup> UNESCO, “Convention on the Protection of Underwater Cultural Heritage”, en línea [http://www.unesco.org/new/en/culture/themes/underwater-cultural-heritage/2001-convention/official-text].

<sup>2</sup> Richard L. Kagan, “Prescott’s Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain”, en *The American Historical Review*, vol. 101, núm. 2, abril 1996, pp. 423-446.

de intolerancia, atraso, fanatismo, decadencia y crueldad sin cuento, lo mismo que su papel en América, sino que además establecía una relación íntima y causal entre el fracaso del imperio español y el progreso estadounidense. De algún modo, según explica Kagan, esa teoría tiñó de manera casi indeleble la imagen de lo español tanto en Estados Unidos como en el mundo anglosajón.

La miopía, la falsedad, o la burda simplificación y la autocomplacencia se mezclaron en una visión que pronto tendría consecuencias más allá de la más evidente: la comodidad de que la floreciente nación de Estados Unidos pudiera gozar de una antítesis muy conveniente para reflejar el éxito de sus valores y el sentido de su papel en la historia del mundo. Tardaría mucho en llegar, en el mundo universitario, otra mirada empeñada en destacar la complejidad y los matices, gracias a la cual se pudo superar el paradigma que Prescott había enunciado en 1843. Sería en la década de 1930 cuando Earl J. Hamilton, desde la historia de la economía, detectó que se había exagerado la influencia de la decadencia imperial de España, y que el motivo era facilitar la glorificación de los logros de las otras potencias. Se refería sobre todo a historiadores franceses y alemanes, pero el cuento valía también para el mundo anglosajón, verdadero eje de esta concepción. Finalmente debía empezar a reconocerse que el español podía ser también un sujeto industrial, con capacidad para el comercio y el progreso.

Es alentador asistir a este tipo de revisiones que, cargadas de razón, van poco a poco imponiendo el resultado de sus investigaciones frente a las visiones estereotipadas e ideologizadas. Así, el historiador Roger B. Merriman publica sus *Six Contemporaneous Revolutions*, en el que profundiza en el análisis de las famosas revueltas de la década de 1640.<sup>3</sup> Para él esas rebeliones que asolaron los dominios europeos de los Austrias españoles eran resultado de un proceso internacional, mucho mayor que la decadencia o la inquisición españolas. Cabe destacar que este hilo ha tenido un profundo desarrollo y acaba de ser cerrado brillantemente —después de múltiples aportaciones, que van desde Elliott a Hobsbawm— por Geoffrey Parker, historiador británico y autor de *El siglo maldito*,

<sup>3</sup> Roger B. Merriman, *Six Contemporaneous Revolutions*, Oxford, 1938.

donde consigna la influencia determinante de los cambios climáticos en aquellos pocos años del siglo XVII, cuando no sólo los dominios españoles tuvieron graves problemas (sobre todo los europeos).<sup>4</sup> En dos periodos bianuales de aquella década cambió la dinastía en China, un rey inglés fue decapitado, un sultán en Estambul estrangulado, y casi todos los imperios alejados de la hispanidad, desde el Ganges al Nilo, desde Rusia a la vecina Francia, vivieron fuertes sacudidas sociales y políticas, con hambrunas y revoluciones que acabaron con la vida de un tercio de la población mundial. Un descenso de un par de grados en la temperatura —debido a la ausencia de manchas solares, el doble de episodios de *El Niño* que en la actualidad y numerosas erupciones volcánicas—, puso en marcha aquella crisis global —al menos del hemisferio norte— al arruinar las cosechas de medio mundo e intensificar las tensiones presentes en el tablero político. La única nota hermosa de aquella “pequeña glaciación” podría ser la del bosque de los violines de Cremona, cuyos árboles crecieron más densos para sobrevivir a las bajas temperaturas y permitieron, gracias a una madera más resonante, la construcción de los inigualables violines y violoncellos de Stradivarius.

Sin duda fue John H. Elliott<sup>5</sup> quien cambió diametralmente la perspectiva de la historiografía anglosajona hacia España y su imperio. Cambió la visión errónea de lo hispánico, y por tanto la equívoca concepción implícita sobre la propia historia británica y estadounidense. Él siempre ha invocado un concepto, la contingencia de la historia, para explicar que cada momento ofrece un contexto a quien estudia el pasado y que ese contexto cambia. Así, el contexto Whig de reafirmación de un papel histórico para Estados Unidos ya no resulta válido. Elliot también subraya que al estudiar cualquier momento siempre podemos observar que se abrieron caminos muy distintos y complejos, y unos se tomaron y otros no. Esa es la perspectiva que permite ajustar el estudio

<sup>4</sup> John H. Elliott, *El viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Alianza, 1972; Eric Hobsbawm, “La ‘crisis’ del siglo XVII”, en Trevor Aston (comp.), *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983; Geoffrey Parker, *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, Barcelona, Planeta 2013.

<sup>5</sup> John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico*, Madrid, Taurus 2006.

del pasado, elevar la mirada sobre los prejuicios de la época estudiada y de la época en que el estudioso se sienta a interrogar al pasado.

Convencido de que no había nada en el carácter español congénitamente inclinado a la indolencia o la crueldad, ni persistía en él, a lo largo de los siglos, una incapacidad para el progreso o la innovación, Elliott reinterpretó globalmente nuestra historia hasta llegar a su reciente *Imperios del mundo atlántico*, en la que pone de manifiesto desde una perspectiva ajustada, la manera en que, para bien y para mal, los imperios hispánico y británico interactuaron en América a partir del siglo xvi. Dos historias concebidas, por fin, como la misma historia, trenzadas y explicadas la una en sí misma y en la otra, indefectiblemente. Un relato de la historia hispánica de América que señala no tanto las causas de su decadencia, sino sobre todo las claves de su longevidad, de casi cuatro siglos en lo político y que perdura hasta la actualidad si hablamos de la pujanza cultural y el peso geográfico que posee lo hispánico, como también ha defendido Felipe Fernández Armesto en su libro *Our America/ Nuestra América*.<sup>6</sup> Tal vez la virtud que mejor nos explica, en la que deberíamos pensar, es que lo hispánico no supuso —en contra de lo que sentenció el paradigma de Prescott— ninguna congénita repulsión por el pluralismo o por los otros. Lo que ocurrió fue que, partiendo de sistemas políticos tardomedievales, su traducción no fue burguesa ni parlamentaria, sino que se proyectó en una sociedad donde, a pesar de todos los problemas y abusos, se produjo desde el inicio, como política, un fenómeno casi inédito en la colonización anglosajona: el mestizaje. Esa es la madre de todas las virtudes que hoy podemos representar desde la comunidad hispana.

Cabe añadir que trabajos como los de Jonathan Brown, con respecto al arte, han logrado reivindicar presupuestos muy parecidos y que no se limitan al arte de los Austrias en la metrópoli —con Velázquez, del que Brown es un gran especialista, en el centro—, sino que buscan reivindicar la singular riqueza del arte novohispano. De hecho, en estos momentos se prepara una serie de exposiciones sobre el arte virreinal que, tras su paso

por el Metropolitan Museum de Nueva York en 2016, marcarán un hito en la comprensión de la historia americana del arte colonial. En el lado americano del Atlántico, universidades, publicaciones e imprentas, viajes de exploración y avances científicos son la prueba más evidente de que la visión decadente e incapaz asociada por Prescott con los españoles no tiene mucho que ver con la realidad, sino con una visión deformada de América Latina. Afortunadamente, esa visión ya está superada.

Hablemos de lo hispánico para referirnos a esa civilización construida en un conjunto complejo y muy extenso, formada por una nación del continente viejo y la mayor parte de otro nuevo, que se encontraron e incomprendieron cada día durante siglos; un ámbito donde los abusos y la crueldad no faltaron, pero desde luego no constituyeron las piezas fundamentales con que pudo ponerse en pie todo lo que hoy compartimos: la lengua y la cultura, la visión del mundo y de la muerte. Todo el conjunto de logros y valores que, injustamente, hemos tenido que reconquistar como dignidad histórica propia, al principio y ahora debemos reformular contra la leyenda negra extendida por el mundo gracias a la propaganda de los viejos protestantes flamencos —e impulsada también por los graves defectos intrínsecos de la sociedad hispánica y criolla, cuyas características, pasados casi dos siglos de la emancipación de las repúblicas, siguen patentes en los problemas de hoy, a pesar de que no parezca muy correcto recordarlo—. Hemos luchado asimismo, cómo no confesarlo, contra el talento típicamente español para autoflagelarse con esa leyenda interesada, que tanto tirón tiene en la vida interna de un país que sigue buscándose en un pasado que otros han contado con más audiencia que nosotros.

Para el ámbito de arqueología náutica, lo que más nos interesa aquí, podemos comenzar señalando que la construcción naval es, sin duda, la prueba más evidente de la capacidad de innovación y transformación económica que levantó a las sociedades que florecieron a ambos lados del océano. Barcos que trazaron las rutas de un comercio global, el primero sostenido en el tiempo que merece ese nombre en la historia; naves capaces de transportar vivas —dato importante— a medio millar de personas al otro extremo del mundo y que crearon las condiciones científicas para la carrera por alcanzar los

<sup>6</sup> Felipe Fernández Armesto, *Nuestra América*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2014.

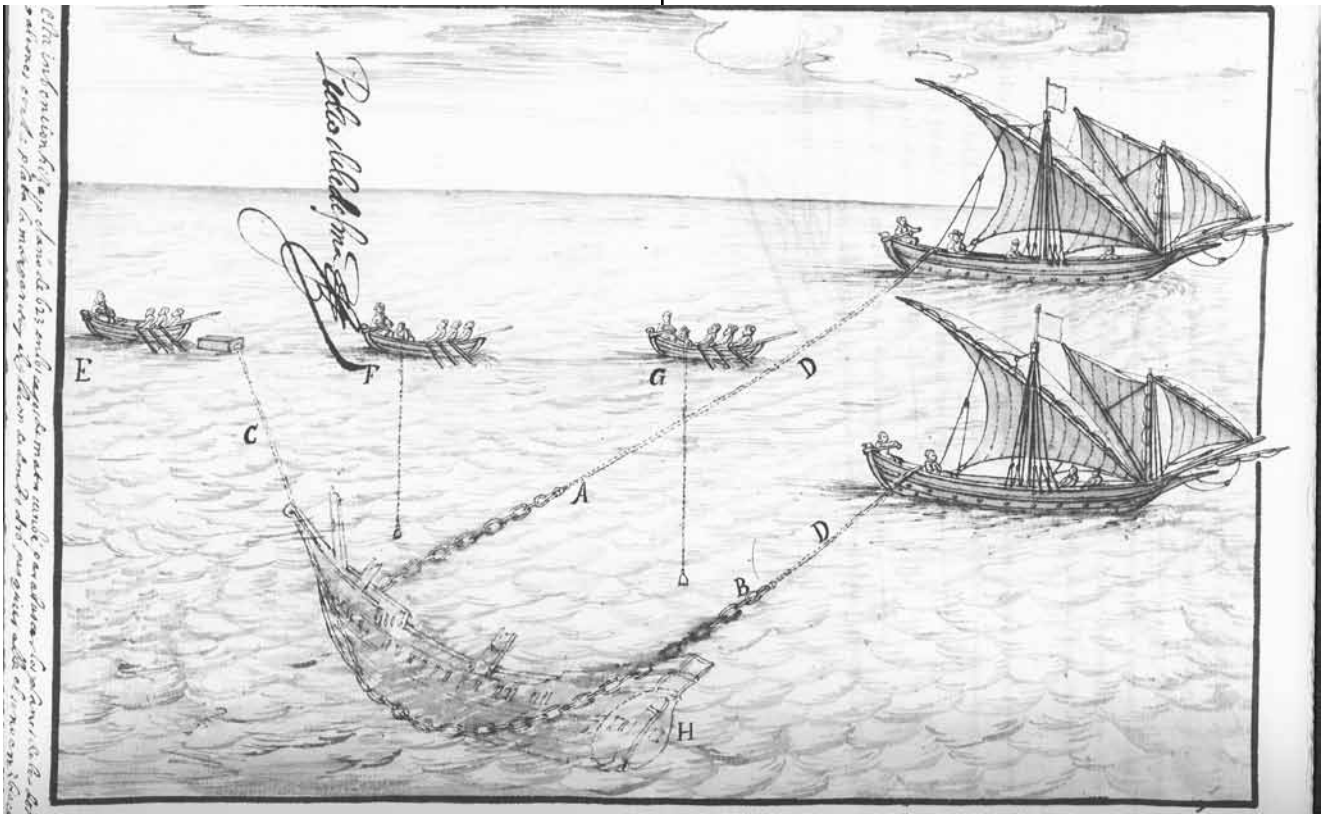


Figura. 2. Modo para buscar en qualquiera parte del mar desde çien braças o mas hasta dos o tres braças qualquiera nao o navío que esta perdido. Fuente: Pesca de perlas y busca de galeones 1623 (ed. facsim.), Madrid, Ministerio de Defensa/ Museo Naval, 1985.

confines, a la que pronto se sumaron el resto de potencias europeas con enorme talento y dedicación, y con la motivación indudable de deshacer, por cualquier ruta o cualquier medio, el monopolio comercial español con América.

Por desgracia, de los cientos, miles de barcos naufragados en los tres siglos de aventura compartida —desde la *Santa María* embarrancada en la Navidad de 1492 hasta los navíos del final de la era dorada de la navegación, entrado el siglo XIX— nos queda mucho por saber. Es un fracaso común ante el que debemos reaccionar con mayor intensidad. Nuestras sociedades han llegado tal vez un poco tarde a los avances necesarios para explorar el medio marítimo y, desde luego, no hemos podido evitar a tiempo lo que la visión denigratoria —y en cierto punto racista— que subyace al paradigma de Prescott proyectó sobre el mar, de manos de una industria que bebía ideológicamente de esos prejuicios. Por supuesto, el patrimonio subyacente a las flotas de Indias, los navíos y buques naufragados, azotados por huracanes y nortes, caídos en

el fragor de batallas cegadoras en mitad de un mar incierto, vieron su valor histórico borrado de un relato que centraba en los tesoros la atención del estadounidense medio. El prejuicio arraigó de manera natural en una sociedad acostumbrada a mirar con gusto la comparación entre la decadencia española y el progreso propio, y vio en el oro deslumbrante que algunos aventureros hallaban en el mar el brillo genuino de la *pursuit of happiness*, donde late el corazón del sueño americano.

Falta mucho por saber de aquellos barcos, que eran el mayor alarde técnico de la era preindustrial. Por fortuna, empieza a haber estudios sistemáticos en el ámbito iberoamericano sobre aquellas avanzadas máquinas, que reducirán la brecha que nos separa de un conocimiento necesario para explicar nuestra historia. El daño achacado a la industria cazatesoros tradicional se cifra en el hecho de que muchos arqueólogos constatan el gran número de pecios hispánicos ya expoliados a los que llegan. Es un hecho cuantificable, pero también debemos reconocer que las publicaciones y relatos de los grandes cazate-

soros condicionaron tanto la perspectiva que la sociedad tiene de este patrimonio como las aproximaciones de numerosos especialistas reconocidos a la vastedad del campo de estudio. Aun así, la destrucción del registro histórico hispánico de la edad moderna bajo el mar no es comparable con la que ha sufrido otro tipo de patrimonio.

Además, esa destrucción ha tenido cierta cobertura legal y social, como bien señaló José María Lancho.<sup>7</sup> Subrayemos el hecho de que esa cobertura mayoritaria en la sociedad estadounidense ha supuesto un fracaso que las instituciones académicas comparten con el nuestro. Unidos hasta en eso, lamentamos la pérdida parcial de un registro histórico genuinamente americano, no un conjunto de antigüedades europeas. Hablamos de las huellas de las primeras sociedades organizadas después del contacto de los dos mundos. Y si me permiten señalarlo, esa primera sociedad mestiza tiene mucha más relevancia para nuestro presente y nuestro futuro que la que se desprende de los antiguos prejuicios de Prescott y sus colegas. La misma sociedad que hoy progresa en Estados Unidos es tan profundamente mestiza —y casi tan profundamente heredera de lo hispánico como de lo británico— que no puede entender en su conjunto los yacimientos arqueológicos de las flotas de Indias sino como parte de un pasado que refleja su propio rostro. Por eso se ha convertido en una necesidad vital de las instituciones académicas y gestoras del patrimonio mejorar la conexión de las sociedades con su historia.

Los cazatesoros llevan décadas de ventaja. Durante mucho tiempo extrajeron objetos valiosos sin preservar el contexto histórico ni los estándares arqueológicos. De ese modo la industria prosperó y alimentó el prejuicio prescottiano del que hablábamos. Le dieron continuidad y un fondo casi mítico. Y hoy se protege la viabilidad económica de la vieja industria, sobre todo la que tiene su base en Florida. Para ellos el hallazgo de oro es una fiesta familiar, parecida al premio mayor de la lotería. Internet está lleno de videos de hallazgos en directo, cuya

contemplación deprime a cualquier amante de la historia, a cualquier persona civilizada.<sup>8</sup> Y esa es la cuestión. Mientras la comunidad científica no sepa conectar con el público con mayor eficacia, permaneceremos frustrados y en desventaja. Mientras los periodistas y los medios de comunicación no hagamos el esfuerzo necesario para ayudar en ese empeño, no cumpliremos nuestra función.

La recolección de los frutos del imperio hispánico perdidos en el fondo del mar, en el contexto de un desinterés extremo por su carácter histórico, tiene un indudable peso en la persistencia de los prejuicios, eso ha quedado demostrado. A veces llegan a añadir la idea de que la plata y el dinero están manchados de sangre por culpa de los crueles conquistadores. Es más, su “rescate” —*salvage* es la expresión inglesa que usa la industria— es una redención de esa injusta historia sanguinaria, un acto que parece legitimar ante la sociedad el fin crematístico de quienes se aprovechan de las joyas y los doblones arrancados de las tumbas del mar. Pero aquellas cadenas y crucifijos, incluso las monedas y los lingotes que acompañaban a los ajuares hundidos con los marinos, viajeros y soldados, están cargados de historia, se ahogaron con los sueños de aquellas personas entre el fragor de los cañones o del viento loco de los huracanes. Mientras naufragaban, rezaron sus propias oraciones, en ocasiones las mismas de quienes hoy profanan su descanso para llevarse el oro, y con él la memoria. Robar su historia, aniquilar la posibilidad de su verdadero rescate, es para aquellos marineros un segundo naufragio, y lo es para nuestra memoria, en un mar de desolación, silencio, olvido.

La comunidad científica debe duplicar esfuerzos en divulgar mejor su trabajo. Y creo sinceramente que debe aprender algo del éxito de los adversarios y hacerlo de un modo humilde e inteligente. Humilde porque uno de los mayores bienes sociales se desprende de compartir el conocimiento que generan las investigaciones de los especialistas a quienes la sociedad ha encargado el rescate (*salvage*) de la historia. Y con inteligencia para no caer en la más simple y facilona abstención: evitar hablar de tesoro. Como profesional de la comunicación

<sup>7</sup> José María Lancho, “The Stolen Memory: The Legal Crisis of the Hispanic Sunken Heritage in America and its Causes”, en H. Van Tilburg, S. Tripathi, V. Walker Vardillo, B. Fahy y J. Kimura (eds.) *Proceedings of the 2014 Asia-Pacific Regional Conference on Underwater Cultural Heritage*, The MUA Collection, en línea [http://www.themua.org/collections/items/show/1597].

<sup>8</sup> “Treasure Hunter’s Gurgled Freak-Out During Find”, video en línea [http://youtu.be/7Zkqxx8hNr4].



Figura 3. Pieza de artillería localizada en el pecio 40 Cañones. Inventario y diagnóstico del patrimonio arqueológico e histórico sumergido en la Reserva de la Biósfera de Banco Chinchorro, Quintana Roo. Fotografía de Octavio del Río, SAS, INAH.

con 25 años de experiencia, esa me parece una conclusión muy poco satisfactoria. Renunciar a aclarar y a posicionar el propio mensaje en la batalla semántica es entregar incondicionalmente todo el espacio público que ocupa ese término a la historia que cuentan los otros. La comunicación no se detiene por nuestra abstención. Tal vez no debamos cultivar una obsesiva relación con estos temas, propia del capitán Ahab en *Moby Dick*, pero desde luego no podemos sencillamente renunciar como *Bartleby*, el otro personaje célebre de Melville.

Ya hemos renunciado durante demasiado tiempo. Primero, porque las grandes empresas cazatesoros, en su carrera de éxito en éxito de comunicación e imagen, que pasa por vivir bien de sus inversiones y cotizar en bolsa, ambicionan contratos con Estados y hasta un prestigio social que borre de nuestra memoria el recuerdo de sus décadas de destrucción patrimonial. Además porque hoy en día contratan a buenos arqueólogos que han empezado a publicar de manera muy seria los resultados de sus prospecciones, construyendo de paso una visión del patrimonio respetuosa, técnicamente envidiable y acorde con sus fines comerciales, y dando legitimidad a sus aspiraciones como contratistas fiables. Es un nuevo desafío.

Para desgracia de los arqueólogos que se creen a salvo por renunciar a la batalla semántica, el mundo se ha hecho más complicado. Es una pena renunciar en el mundo hispánico a este debate que, por otra parte, se plantea vivamente otra vez en Gran Bretaña, por ejemplo, gracias a las múltiples y activas asociaciones arqueológicas y científicas. Ha llegado el momento de una proactividad mayor, sobre todo en la divulgación, y una apertura de miras que permita llamar a las cosas por su nombre y plantar cara a las manipulaciones del lenguaje y de la historia. Que permita a los Estados y a las instituciones económicas de nuestras sociedades elegir el modelo que asegure las mejores prácticas, el mayor cuidado del patrimonio.

Es necesario reconocer la existencia de un tesoro oculto en los pecios perdidos en el fondo del mar. A todos, periodistas o historiadores, arqueólogos o ciudadanos medios, nos conviene dejar en claro esta verdad. Aunque desde presu-

puestos respetuosos con el patrimonio y la historia, a nosotros también nos vence la curiosidad ante el misterio perdido en el lecho marino. Una era de aventura y exploración, de batallas y traiciones en el mar incierto han dejado grabado en nuestro inconsciente colectivo el asombro por las viejas rutas marítimas y la navegación, en sus historias de éxito y en sus fracasos. Y sobre todo en sus naufragios. ¿Por qué reprimir todo ese nexo potencial con la sociedad? ¿Por la mera palabra tesoro?

Lo que tenemos pendiente es redefinir la noción de tesoro de la que estamos hablando. La terminología es importante para la ciencia. No podemos ceder a la visión alucinada por la fiebre del oro, porque eso ya lo han hecho, con bastante eficacia, los cazatesoros y los medios de comunicación anglosajones, que con frecuencia hablan de un hallazgo de toneladas de oro y lingotes de plata cuando una empresa de “salvamento” comunica el hallazgo de un pecio de origen muy seguramente hispano. Por contraste, como ya señale en otro lugar,<sup>9</sup> cuando las mismas empresas comunican al mis-

<sup>9</sup> Jesús García Calero, “The Impact of Mass media in Discrimination of Hispanic Sunken Heritage and the Implementation of the



mo periódico el hallazgo de una nave insignia de la armada inglesa, como el *Victory* encontrado por Odyssey Marine Exploration en el Canal de la Mancha, encontramos en el primer párrafo de la noticia menciones a la tormenta, la tragedia y las víctimas, además del oro. El primer caso enajena la verdad entre los viejos ecos del paradigma de Prescott, extirpa en mitad del campo de batalla semántico, todo el valor histórico que podríamos utilizar en la defensa de ese patrimonio. Y no podemos conformarnos. Hay que plantar cara frente a tal abuso.

Definamos el tesoro. Como si fueran las reliquias de un barco de la Guerra de Secesión, el americano medio debe empezar a comprender que los vestigios que la mar ha mecido durante dos, tres o cuatro siglos son frágiles testimonios de un mundo que está muy lejos de haberse estudiado en su totalidad. Construyamos el relato sobre este nuevo presupuesto. Conocemos en parte la vida de los virreinos y los documentos y hechos de la administración del imperio. Incluso estudiamos la literatura y el arte de aquel mundo que nos precede. Pero todo aquello sólo fue posible en tanto las rutas se hicieron permanentes. Con gran riesgo personal, y con un esfuerzo económico y humano que nuestras sociedades mantuvieron durante cientos de años, se puso en pie una red naval de astilleros y flotas. Naves, constructores y navegantes, científicos, marinos y exploradores, han dejado sus restos más relevantes bajo el agua. No hay un registro histórico como ese en todo el mundo, en una parte considerable aún intacto (de momento). Si no hemos estudiado los pecios de la edad de la navegación que posibilitó el progreso de aquellas sociedades tan dependientes del mar y del comercio, no hemos estudiado un capítulo fundamental de lo que fueron. Y ese es el tesoro.

Una académica del Consejo Superior de Investigación Científica (CSIC) con quien hablé recientemente, Ana Crespo Solana —al frente de uno de los más interesantes proyectos hoy en marcha, ForSeaDiscovery, patrocinado

por la Unión Europea—, me abrió los ojos con un concepto maravilloso. El arqueólogo, lo mismo que el divulgador, debería ser capaz de construir la vida de un pecio como una película, y mejor si lo hace en sentido inverso, marcha atrás desde el final hasta el principio del barco. Así se comprenderá mejor el valor del tesoro. Hagámoslo, permítanme contarle:

Hay un yacimiento en el fondo del mar. Lleva siglos intacto. Le damos al *play*: los siglos pasan rápido hacia atrás y el deterioro del pequeño promontorio de lastre, corales, arena o algas se revierte, el pecio se va convirtiendo en los restos reconocibles de un barco. Es enorme, un navío de Indias. De pronto la película avanza —retrocediendo en el tiempo— hasta el día del naufragio, y vemos con asombro cómo el barco se recompone, las velas y las jarcias se tensan, el navío se eleva desde el fondo del mar, y alcanza entre burbujas la superficie, en mitad de la tormenta. Lluve hacia el cielo —la imagen es surrealista—, y mientras el barco capea el temporal, la tormenta se arremolina hasta desvanecerse. El mar se calma. Esto no ha hecho sino comenzar. Ahora el barco regresa hacia el origen, navega de puerto en puerto, revive sus días viajando hacia el pasado, como protagonista de *El extraño caso de Benjamin Button*. De hecho, podríamos ponerle su nombre a este pecio paradigmático. Sea hispano, inglés, francés u holandés, le veremos devolver mercancías en los puertos de carga y vaciar sus bodegas de vituallas y hombres. Piensen en cada uno de esos objetos, en todos los que transportó durante sus años de servicio, en los alimentos que regresan al campo, los licores a la destilería, las telas, las joyas, las vajillas, los ajuares... a sus manufacturas. Toda una red industrial y humana pasa ante nuestros ojos gracias a esta manera de ver la historia. Es ilustrativo. Las monedas vuelven a la ceca y de allí el metal vuelve a la mina. Los hombres regresan a la costa, a sus sueños y temores previos al viaje, a cada viaje. Así, la vida del barco extiende un mapa cognitivo maravilloso y deslumbrante, puerto a puerto, ciudad a ciudad, en varios continentes, hasta que llega el día de su nacimiento y regresa al astillero del que salió, para escalar el camino de vuelta a su botadura. Y allí se descompone, en cuerdas y madera, en piezas de metal y clavos que regresan a la forja, en tablas que vuelven al

‘UNESCO 2001 Convention’”, en H. Van Tilburg, S. Tripathi, V. Walker Vadillo, B. Fahy y J. Kimura (eds.), *Proceedings of the 2014 Asia-Pacific Regional Conference on Underwater Cultural Heritage*, The MUA Collection, en línea [<http://www.themua.org/collections/items/show/1595>]



Figura 4. Balas de mosquete localizadas en naufragio inglés del siglo XVIII, Cayo Nuevo, Sonda de Campeche. Fotografía de Jerónimo Avilés, SAS, INAH.

aserradero y en árboles que vuelven a plantarse. En bosques, junto a ríos y pueblos en los que sopla el viento que soplaban las velas.

Es una visión maravillosa. Es un tesoro maravilloso. Toda una sociedad, globalmente entendida, está involucrada en cada uno de esos barcos. Si pudiésemos contar los descendientes directos de todas las personas involucradas en esta historia comprobaríamos que todos somos sobrinos, hijos o nietos de aquel barco, de todos aquellos

barcos. El yacimiento es el lugar en el que todos estamos unidos, en la historia, en la aventura, en el comercio, en la necesidad de progresar, incluso en la persecución de la felicidad, la *pursuit of happiness* hispánica que cada buque permitía a casi todo el mundo. En esta gran familia que el pecio ha reunido hay primos amenazados, sin duda, familiares que murieron por ese navío, hermanos nuestros, pero hay muchos más que vivieron mejor porque existió. En el yacimiento de un barco de aquella época, del siglo XVI, XVII o XVIII, espera una hermandad. ¿Vamos a tolerar que nos hablen de tesoros a nosotros, que somos parte de ese tesoro?

Ahora imaginemos no uno solo, sino los cientos, los miles de barcos que naufragaron en esa época, mientras nuestros pueblos se conocían, se unían, se sufrían y se separaban. Visto desde el fondo del mar, cada naufragio es como una gota de lluvia que cae desde la superficie, una gota de conocimiento puro que el mar ha guardado a buen recaudo para que lo estudiemos. A lo largo de tres siglos esa lluvia es torrencial: nada puede impedir que las tragedias sucedan, ni la pericia ni el número de cañones. Y sucedían cada poco. Sobrevivían o morían según su destino. Y con los barcos naufragó todo ese tesoro, a lo largo de 350 años. ¿Vamos a dejar que por unas monedas y unas joyas nos impidan conocer todo aquello, disuelvan nuestro tesoro histórico? Si cada buque es como un libro, ¿permitiremos que borren sus páginas, rompan las letras y las vendan por separado en sitios web o en subastas para que nadie, jamás, pueda volver a pronunciar ese relato?

Mientras escribo esto, mientras ustedes lo leen, decenas de barcos están siendo expoliados. Si son de origen hispano y pueden albergar metales preciosos, corren riesgo de ser víctimas de esa fiebre del oro. Es un fanatismo, da igual que lleve bañador y bermudas, vista traje y corbata o cotice en bolsa. Somos nosotros —no lo olvidemos— quienes hemos dejado que cuenten esa historia en lugar de la nuestra, mejor que la nuestra; hemos dejado que reduzcan el tesoro de los pecios a un puñado de

monedas, a unas pocas joyas brillando entre corales. Junto a ellas están los huesos de quienes las portaban o mercaban y millones de objetos relevantes que son, sencillamente, secundarios para el viejo cazatesoros si no tienen valor de mercado. Ha sido así durante décadas, sigue siendo de ese modo. Y a pesar de nuestro esfuerzo no hemos hecho lo necesario para impedirlo. Nuestro afán de estudio no ha evolucionado lo suficientemente rápido ni de manera eficiente para pararlo. Pero el de algunas de estas empresas sí que avanza, creando el nuevo desafío. Además, en nuestros propios países —de España a México, pasando por Perú, Colombia y Cuba, donde se encuentren esos yacimientos marinos— hay gente convencida por el relato de los cazatesoros: piensa que debemos dejarnos de pamplinas y rescatar el oro. En España algún demente dijo en público que si lo hacíamos se acabaría la crisis. Me recordó al cazatesoros estadounidense que sacaba paladas de oro de un pecio y prometía construir con esa riqueza escuelas en los países que los españoles habían conquistado a sangre y fuego. No se construyó ni una sola. Ambos pareceres son las dos caras de la misma moneda, del mismo discurso falsario que ha tenido más éxito que el nuestro, sujeto al estándar arqueológico más exigente. ¿Qué hemos hecho al respecto? ¿Qué estamos dispuestos a hacer?

La razón está de nuestra parte. Somos una comunidad madura y una sociedad abierta que quiere conocer y compartir el conocimiento del pasado. Que quiere cuidar su patrimonio. Es imposible que nos rindamos, que nos dejemos vencer. Pero tenemos que cambiar. En cada lugar que hablemos, en cada página que publiquemos, debemos estar pensando en esto. En cómo explicar a los ciudadanos que hay un tesoro. Y en cómo convencerles de que sólo nosotros tenemos el mapa para encontrarlo. Que no se dejen engañar, sean políticos, gestores, empresarios o meros visitantes de museos que disfrutan con las historias de piratas, por ningún fraude, por ninguna mentira, a pesar de que pueda convencerles la parafernalia tecnológica, e incluso los índices del Nasdaq y los influyentes amigos entre la elite de Estados Unidos y de nuestros países. Está demostrado que el de los cazatesoros es el más ruinoso de los negocios. Peter Throckmorton y otros han escrito



Figura 5. Fragmento de tazón de porcelana chino de la dinastía Ming. Proyecto de Arqueología Subacuática Galeón de Manila, Baja California. Fotografía de Rodrigo del Río, SAS, INAH.

al respecto.<sup>10</sup> Yo mismo me esforcé por aclarar las cuentas del caso Odyssey.<sup>11</sup> Y son una ruina en cualquiera de los casos. Al menos desde el punto de vista de la inversión y el resultado. En ocasiones son una estafa. Pero hemos de ir más allá y contarle a todo el mundo, demostrándolo con palabras y con hechos, que han sido una ruina infinitamente más grande para todos desde el punto de vista histórico. El tesoro está siendo destruido y no es solo de oro y plata. Estamos dejando perder a los testigos, permitiendo que se borren las pruebas y los restos del relato de un pasado asombroso.

Nuestra historia es el tesoro. Nos encontramos frente a ella. No renunciemos nunca más a hablar de su riqueza. Definamos, protejamos, estudiemos, divulguemos, excavemos el tesoro. Nos guste o no, viajaba en las bodegas de los barcos, y estaba hecho de sueños y promesas de curso corriente. De vidas y de objetos, de miedos y palabras que se hundieron pero aún brillan y atraen, si sabemos mirar, igual o más que la plata y el oro.

<sup>10</sup> Peter Throckmorton, "The World's Worst Investment: Economics of Treasure Hunting with Real Life Comparisons", en T.L. Carrrell (ed.), *Underwater Archaeology. Proceedings from the Society of Historical Archaeology Conference*, Tucson, 1990, pp. 6-10.

<sup>11</sup> Jesús García Calero, "El expolio no cotiza en bolsa", en *Política Exterior*, núm. 49, julio de 2009, en línea [https://www.academia.edu/5550882/El\_expolio\_no\_cotiza\_en\_bolsa].